



Jesús Martín Barbero

Comunicación y ciudad: entre medios y miedos

Para pensar los procesos urbanos como procesos de comunicación necesitamos pensar cómo los medios se han ido convirtiendo en parte del tejido constitutivo de lo urbano, pero también cómo los miedos han entrado últimamente a formar parte constitutiva de los nuevos procesos de comunicación. Se plantea entonces la necesidad de enfrentar de entrada dos prejuicios igualmente tenaces: uno que proviene del campo de los estudiosos de la comunicación y el otro que proviene de los expertos en violencias y miedos.

El primer prejuicio consiste en creer que se pueden comprender los procesos de comunicación estudiando sólo los medios, cuando lo que los medios hacen, lo que producen en la gente, no puede ser entendido más que en referencia a las transformaciones en los modos urbanos de comunicar, es decir a los cambios en el espacio público, en las relaciones entre lo público y lo privado que produce una "nueva" ciudad hecha cada día más de flujos, de circulación e informaciones pero cada vez menos de encuentro y comunicación. Así, la posibilidad de entender el atractivo que ejerce la televisión está mucho menos en estudiar lo que hace la televisión que en estudiar aquellos procesos y situaciones que hacen que la gente se sienta compelida a resguardarse en el pequeño espacio de lo privado y hogareño, y

a proyectar sobre él un imaginario de seguridad y protección. Si la televisión atrae es en buena medida porque la calle expulsa. Es la ausencia de espacios —calles y plazas— para la comunicación lo que hace de la televisión algo más que un instrumento de ocio, un lugar de encuentro. De encuentros vicarios con el mundo, con la gente y hasta con la ciudad en que vivamos.

Enfrentar el segundo prejuicio nos lleva a plantear que no podemos comprender el sentido y la envergadura de los nuevos miedos refiriéndolos únicamente al aumento de la violencia, de la criminalidad y la inseguridad en las calles. Pues los miedos son clave de los nuevos modos de habitar y de comunicar, son expresión de una angustia más honda, de una angustia cultural. Angustia que proviene de tres factores. En primer lugar de la pérdida del arraigo colectivo en unas ciudades en las que un urbanismo salvaje —pero que a la vez obedece a un cálculo de racionalidad formal y comercial— va destruyendo poco a poco todo paisaje de familiaridad en el que pueda apoyarse la memoria colectiva (Lechner). En segundo lugar es una angustia producida por la manera como la ciudad normaliza las diferencias. Se echa la culpa a los medios de comunicación de homogenizar la vida cuando el más fuerte y sutil homogenizador es la ciudad

impidiendo la expresión y el crecimiento de las diferencias. Nos quedan los museos, claro está, y las ciudades se llenan cada día más de ellos: esos lugares donde se exhiben las diferencias congeladas y a donde acudimos a alimentar el recuerdo y la nostalgia. Al normalizar las conductas, tanto como los edificios, la ciudad erosiona las identidades colectivas, las obtura, y esa erosión nos roba el piso cultural, nos arroja al vacío. De ahí el miedo. Y por último es una angustia que proviene del orden que nos impone la ciudad. Pues la ciudad impone un orden, precario, vulnerable, pero eficaz. ¿De qué está hecho ese orden y a través de que funciona? Paradójicamente es un orden construido con la incertidumbre que nos produce el otro, inoculando en nosotros cada día la desconfianza hacia el que pasa a mi lado en la calle. Pues en la calle se ha vuelto sospechoso todo aquel que haga un gesto que no podamos descifrar en veinte segundos. Y me pregunto si ese otro, convertido cotidianamente en amenaza, no tiene mucho que ver con lo que está pasando en nuestra cultura política, con el crecimiento de la intolerancia, con la imposibilidad de ese pacto social del que tanto se habla, esto es con la dificultad de reconocerse en la diferencia de lo que el otro piensa, en lo que al otro le gusta, en lo que el otro tiene como horizonte vital, estético o político.

Podríamos redondear esta reflexión diciendo que en Colombia, quizás como en ningún otro país de América Latina hoy, los medios viven de los miedos. Ello fue evidente en la última campaña electoral, en la que las amenazas de atentados acabaron con la teatralidad callejera de la política —que ha sido y aún es hoy aunque “reducida” su espacio y forma natural— obligando a resguardarla y convertirla en espectáculo televisivo. La televisión fagocitó, devoró toda la capacidad de comunicación que no pudo vivirse en la calle. Pero no sólo en las campañas electorales los medios sustituyen la vida de calle, de la ciudad. En la experiencia cotidiana del país podemos constatar la desproporcionada importancia que la industria de los medios de comunicación ha adquirido. En un país con carencias estructurales tan grandes de vivienda, de salud, de educación, tenemos unos medios de comunicación desproporcionadamente desarrollados tanto en lo económico como en lo tecnológico. Los medios se han vuelto tan importantes que, como alguien escribió en estos días, el político al que no se le cite o se le haga una entrevista en radio o televisión esa semana empieza a pensar que está políticamente ¡muriendo!

Para contextualizar mínimamente lo expuesto es necesario relacionar los nuevos miedos con procesos de más larga duración, como los articulados por el nuevo entorno tecnológico y científico con la creciente erosión de la socialidad. No de la sociedad en sus instituciones sino de la *socialidad*, esto es del sentido de la relación social cotidiana. Erosión que puede constatarse en primer lugar, a través del distanciamiento acelerado entre lo que Habermas llama la *tecnocultura* y el común de los ciudadanos. Por más subdesarrolladas que estén nuestras sociedades están viviendo a ese respecto un proceso similar al de las sociedades más desarrolladas. Me refiero al proceso de *autonomización* de la esfera tecnocientífica por relación al conjunto de la sociedad civil. Como si esa esfera se rigiera por una lógica



propia a la que no pueden tener acceso los ciudadanos. Las grandes decisiones sobre el desarrollo científico y técnico son reservadas a unos pocos expertos con la excusa de que sólo ellos comprenden la compleja lógica que rige esos procesos. Legitimada por esa “autonomía” la *tecnocultura* es retirada del debate político cuando en ella se juegan justamente hoy las posibilidades del desarrollo económico y social, cuando determinadas decisiones tecnológicas pueden afectar irremediablemente al modelo de crecimiento, al mundo laboral y a la vida cultural. El ciudadano tiene cada vez más la sensación de que todo aquel piso en que se asienta su estabilidad laboral, su validez profesional y hasta su identidad privada se halla minado por fuerzas que escapan por completo no sólo a su control sino a su comprensión. Y mucho tiene que ver con eso la enorme aceleración que ha tomado la *operativización de la ciencia*, la cada día menor distancia entre ciencia y tecnología, la rapidez con que la ciencia se traduce en entorno tecnológico. Pues al mismo tiempo que el saber se transforma en infor-

mación se abre un abismo entre conocimiento decisivo y vida social.

Ahí apunta el segundo proceso en cuestión: la sobrevaloración de la información. Más allá de la mitología de la “sociedad de la información” es cierto que por ella pasan transformaciones fundamentales y avances formidables del sistema productivo, de la administración, de la educación. Pero también es verdad, como ha escrito Baudrillard, que “a mayor cantidad de información, menos sentido”. Cada día estamos informados de más cosas pero cada día sabemos menos qué significan. ¿Cuánta de la enorme cantidad de información que recibimos sobre el país y el mundo se traduce en mayor conocimiento de los otros, en posibilidades de comunicación y en capacidad de actuar transformadoramente sobre nuestra sociedad? De otro lado, la información ha entrado a simular lo social, la participación. Al sentirme enterado de lo que pasa tengo la tramposa sensación de estar participando, actuando en la sociedad, de ser protagonista cuando “sabemos” que los protagonistas son otros y bien pocos. Pues si es verdad que las nuevas tecnologías descentralizan lo cierto es que no están haciendo nada contra la concentración del poder y el capital, que es cada vez mayor. Tenemos información pero se nos escapa el sentido, vivimos en la euforia de una participación que la vida misma se encarga de mostrarnos lo que tiene de simulacro.

En tercer lugar el nuevo entorno tecnológico está produciendo, y ya no sólo en los países centrales, una acelerada obsolescencia de las capacidades y destrezas en el campo laboral y educativo. No se trata sólo del desempleo en términos salariales sino de cómo la automatización y la informatización convierten a buena parte de los adultos en inútiles mentales, en el sentimiento de estarse convirtiendo en incapaces e improductivos. Lo que viene a cargar la brecha generacional de una dimensión bien delicada: mientras hasta hace unos años el espacio y el símbolo del saber eran los ancianos, mientras durante siglos ellos eran la me-

moria de la humanidad e incluso el tiempo de la belleza, hoy "los viejos" —que son los adultos— ven desvalorizados sus saberes hasta el punto de tener que simular a cualquier costo que son jóvenes para no sentirse desalojados del mundo que los nuevos saberes y sentires tecnológicos legitiman. No se trata únicamente del valor de lo nuevo, que la ideología del progreso catalizó como ámbito y actitud mental de la modernidad. Ahora nos encontramos que es el modo de relación con el entorno tecnológico el que establece la brecha: mientras a los adultos les desconcierta y les llena de incertidumbre, los jóvenes lo sienten como su ámbito natural, como su mundo cultural y mental.

Para terminar, nos preguntamos: ¿cómo está enfrentando la gente esos miedos, la angustia que acarrea la erosión de la socialidad? Una es la reacción de las élites respondiendo al desarraigo, a la ausencia de raíces que comporta el mundo urbano, compensando el "vacío cultural" con la búsqueda de autenticidades estéticas. Para lo que se acudirá a las formas "tradicionales" de organizar el espacio, a las formas "antiguas" de los muebles o los tejidos. Y a través de esa recreación de un mundo primitivo se buscará entrar en contacto con aquello que suene a profundo y que sepa a auténtico. El hueco que la racionalidad tecnológica abre en una moralidad con frecuencia pre-moderna es llenado con la magia de lo primitivo o con el desencanto cínico de lo posmoderno.

Un segundo tipo de reacción es el de toda aquella gente que anda a la búsqueda de nuevas modalidades de juntarse. Puesto que ya no se cree en los grandes ideales y ante la pérdida de valor de los símbolos integradores de la sociedad lo único que nos quedaría es lo inmediato: lo presente y lo cercano. No es que se haya perdido la conciencia de que las cosas andan mal, de la falta de sentido de justicia, sino del hundimiento de los proyectos y las utopías que orientaban los cambios. Y al no saber qué hacer la gente se plantea como horizonte con-



vivir lo mejor posible con los de al lado, con los que siente cercanos. A eso lo ha llamado Michel Maffesoli *socialidades tribales*, que marginales a la racionalidad institucional, retoman viejas pulsiones de lo comunitario y se realizan a través de agrupaciones precarias, viscosas, marcadas más por la lógica de la identificación que por la de la identidad. No tienen el largo de tiempo de las identidades étnicas o de clase sino que están basadas en la generación y en el sexo, en comunidades de ámbito profesional o cultural. Lo que se busca es un mínimo de "calor" en unas ciudades cada día más frías, más abstractas, construir pequeños islotes de relación cálida donde se puedan compartir gustos, gestos, miedos.

La otra reacción que es observable hoy es la de los nuevos movimientos urbanos. Esos movimientos que se constituyen a un mismo tiempo desde la experiencia cotidiana del desencuentro entre demandas sociales e instituciones políticas y desde la defensa de identidades colectivas, de formas propias de comunicación. A su manera los movimientos socia-

les étnicos, regionales, feministas, ecológicos, juveniles, de consumidores, de homosexuales, van dando forma a todo aquello que una racionalidad política, que se creyó omnicomprendiva de la conflictividad social, no está siendo capaz de representar hoy. Movilizando identidades, subjetividades e imaginarios colectivos en formación, superando dicotomías barridas por las dinámicas de transnacionalización económica y desterritorialización cultural esos nuevos movimientos están superando lo político en el sentido tradicional. Y lo están reordenando justamente en términos culturales. Los nuevos movimientos urbanos hacen el descubrimiento de las dimensiones culturales de la política, de lo político como ámbito de producción del sentido de lo social, en el que polemizan las diferentes concepciones del mundo y lo social, en que se hace posible la negociación de intereses y diferencias. Los nuevos movimientos urbanos enfrentan a la ciudad hecha de flujos e informaciones con una fuerte dinámica de re-territorialización de las luchas, de redescubrimiento de los territorios como espacios vitales para la cultura. Son luchas que desafían lo que entendíamos por identidades culturales ya que articulan lo que ni los políticos ni las gentes de la cultura supieron articular: la lucha por el espacio —en términos de vivienda, de servicios y de territorio cultural— con la lucha por la autogestión contra las hoy sofisticadas formas de verticalismo y paternalismo. Al descubrir la relación entre política y cultura que nada tiene que ver con la vieja obsesión por "politizar" todo los nuevos movimientos descubren la diferencia como espacio de profundización de la democracia y la autogestión. De manera que la lucha contra la injusticia es a la vez la lucha contra la discriminación y las diversas formas de exclusión, lo que es en últimas la construcción de un nuevo modo de ser ciudadano que posibilite a cada hombre reconocerse en los demás, condición indispensable de la comunicación y única forma "civil" de vencer el miedo.



EL CANAL 5 DE LA TELEVISIÓN VENEZOLANA

En el marco de la onda neoliberal que avanza privatizándolo todo, no puede extrañar demasiado que los dos canales públicos que le quedaban a Venezuela se hayan convertido en presa apetecible para el gran capital privado, concretamente financiero. Todo estaba listo en 1991 para subastar los Canales 5 y 8 (VHF) al sector privado, el cual necesita más estaciones para dar salida a la publicidad represada. Las feroces pugnas internas de ese sector por el reparto de los 40.000 millones anuales que ingresan a la televisión comercial (Venezuela canaliza hacia la TV más del 65% del gasto publicitario global) son conocidas por todo el país. Por presión de la opinión pública, se detuvo el proceso de subasta. El Canal 5 salió temporalmente del aire y el Canal 8 sobrevive a duras penas.

Quienes en 1991 querían apropiarse del Canal 5 parecieran haber desistido del intento, ya que finalmente obtuvieron la señal del Canal 27 (UHF) y el 1º de marzo de 1993 firmaron el acta constitutiva de la "Fundación Canal Alternativo", la cual quedó integrada por las empresas Banco de Venezuela, Banco del Caribe, Banco del Orinoco, Grupo Delfino, Electricidad de Caracas, Fundación IESA, Petróleos de Venezuela y Universidad Simón Bolívar. Se espera que ese Canal caraqueño, de cobertura local, comience a operar en 1994.

Decíamos arriba que "parecieran" haber desistido del intento, porque todavía el 10 de marzo el influyente industrial Hans Neumann insistía, en artículo de prensa (*Diario El Nacional*) en la conveniencia de entregar el Canal 5 a un grupo de empresas privadas (probablemente el mismo que días antes firmaba el acta constitutiva del Canal 27-UHF).

Para no omitir nada de lo principal en esta breve reseña, conviene dejar constancia también de otras dos propuestas paralelas que se hicieron entre 1991 y 1993. Una era la de asignar la señal del Canal 5 a la Fundación Teresa Carreño y a un grupo de Fundaciones privadas dedicadas a la promoción cultural. La otra la de que fuera el Congreso de la República quien utilizara dicha señal para la

transmisión de sus sesiones ordinarias y para el mejoramiento de su propia imagen institucional. Estas propuestas, un tanto extrañas, tampoco progresaron.

En todo este asunto y en una línea de no privatización y simultáneamente de des-gubernamentalización de los Canales 5 y 8, ha venido jugando un papel relevante el Comité por una Radio-Televisión de Servicio Público (RTSP). Dicho Comité está integrado por un grupo de investigadores y de personalidades independientes (Antonio Pasquali, María Teresa Boulton, Mario Handler, Eduardo Pozo, José Ignacio Rey, Fernando Rodríguez, Elizabeth Safar), que a su vez representan a una Asamblea mucho más amplia de ciudadanos.

Este Comité piensa que las frecuencias de Radio y de Televisión se siguen concediendo arbitrariamente y a los favorecedores del régimen, concentrando en el sector comercial casi toda la capacidad de radiodifundir. El talento nacional más auténtico y formador apenas tiene voz en los medios radiotelevisivos. Por otra parte, el país nacional clama por una televisión más decente. Los oligopolios privados nunca se la darán por voluntad propia. El Estado sí tiene la doble obligación, Constitucional y indeclinable, de impedir situaciones monopólicas, y de prestar el buen servicio que la población reclama. Ahora bien, el Estado venezolano mantiene deliberadamente su radiotelevisión en situación de subdesarrollo crónico, para que sus deficientes prestaciones hagan parecer lógica su privatización. En referencia concreta a los Canales 5 y 8, el Comité piensa que es preciso impedir su enajenación ahora, para poderlos mejorar después.

Las propuestas concretas y muy cuidadosamente elaboradas del Comité aparecieron recientemente en sendos comunicados de prensa. El primero (*El Nacional*, 26-3-93) circunstancialmente motivado por la necesidad de dar respuesta al industrial Hans Neumann. El segundo (*El Nacional*, 16-4-93), de mucho mayor alcance y pretensión, con ocasión del entonces inminente debate sobre la televisión en el Congreso de la República. En este segundo comunicado de prensa (se publica íntegro en otra parte de este número de la *Revista Comunicación*) se propone, concretamente y por ley, la creación de un Consejo Nacional de

Radio-Televisión (CONART), de amplísima representación tanto gubernamental como sobre todo no-gubernamental, así como una Empresa Concesionaria de Radio-Televisión Pública (RTV).

José Ignacio Rey



ENCUENTRO NACIONAL DE LA SOCIEDAD CIVIL

La Universidad Católica "Andrés Bello" de Caracas, siguiendo la iniciativa y con el respaldo de la Conferencia Episcopal Venezolana, organizó y puso en marcha el así llamado "Encuentro Nacional de la Sociedad Civil", que finalmente se celebró en su propia sede entre el 10 y el 15 de Mayo de 1993. La intención original no podía ser más plausible. Se trataba de convocar a fuerzas vivas de la nación para un análisis en profundidad de los problemas existentes en el país, en búsqueda de consensos alrededor de propuestas alternativas, y de los pasos que habría que dar para hacerlas realidad a corto y mediano plazo. Para comprender el sentido profundo de la iniciativa, no puede ignorarse la situación convulsionada y crítica que vive Venezuela desde, por lo menos, cuatro años y que tuvo sus expresiones más agudas en una insurrección popular (Feb.89) y en dos intentos de golpe de Estado (Feb.92 y Nov.92). Desde entonces se ha venido hablando de la necesidad de "refundar la República" y de la eventual convocatoria a una Asamblea Constituyente.

No haremos aquí una reseña de lo acontecido en el Encuentro y, menos aún, del contenido de las propuestas que en el mismo se fueron formulando. Los organizadores han prometido, para fecha próxima, ofrecer un balance de consensos y disensos. Si se debe dejar constancia de que el Encuentro fue todo un éxito desde el punto de vista promocional y logístico. Para un evento de este tipo, el número de asistentes fue también apreciable. Nos limitaremos aquí a hacer algunas observaciones generales que tienen que ver, sobre todo, con la concepción misma que de la "sociedad civil"

parecen haber tenido los convocantes y que se refleja sin duda tanto en la estructura programática como, sobre todo, en la selección de ponentes y comentaristas.

Hay que empezar por enmarcar el Encuentro dentro de un cierto movimiento de opinión que lo trasciende. Desde hace algunos años y desde diversos frentes, numerosas personas, pertenecientes o identificadas en su mayoría con un cierto sector social de perfil y estilo bien definidos, vienen utilizando y tratando de poner de moda la ambigua expresión "sociedad civil", como una realidad unitaria y contrapuesta al Estado. No podemos detenernos ahora a analizar las múltiples razones, históricas y conceptuales, que explicarían esa ambigüedad. Tenemos, sí la sospecha bien fundada de que quienes se empeñan en utilizar la expresión no desconocen su ambigüedad. Y esto es grave.

En concreto, en Venezuela nunca ha existido una verdadera ciudadanía (ni siquiera en los últimos 35 años de democracia "representativa") y, en consecuencia, tampoco ha existido ni existe la "sociedad civil". Los únicos sectores bien ubicados y organizados han sido siempre los económicamente privilegiados y ciertas élites intelectuales y políticas que los acompañan (cuya opinión "publicada", dicho sea de paso, pretende pasar por opinión pública). Aunque resulte triste reconocerlo y aunque algunos piensen que ha llegado el "fin de la historia", la verdad es que en Venezuela no se ha cerrado todavía el inconcluso capítulo de la conducción colonial. Nada sería de extrañar que el tristemente célebre "Pacto de Punto Fijo", remozado, pudiera ser reeditado ahora.

En una época en que es avasallante la moda neoliberal y privatizadora, un cierto discurso sobre la "sociedad civil" pretende hacer pasar la parte por el todo, y con ese camuflaje, reforzar posiciones hegemónicas, así como aprovechar coyunturalmente el debilitamiento de las instituciones del Estado (debilitamiento real, pero también inducido) para beneficiar ahora con sus despojos a quienes siempre parasitaron bajo su sombra.

Desde esa perspectiva, una convocatoria nacional a la "sociedad civil" en estos momentos no podía dejar de ser discriminatoria, como efectivamente lo fue, a pesar de declaraciones verbales en contrario. El conjunto de ponentes y comentaristas tuvo de hecho un sesgo muy definido, con márgenes de pluralidad restringidos. Las mesas de trabajo, por las tardes, no tuvieron, en la dinámica del Encuentro, el relieve que tuvieron

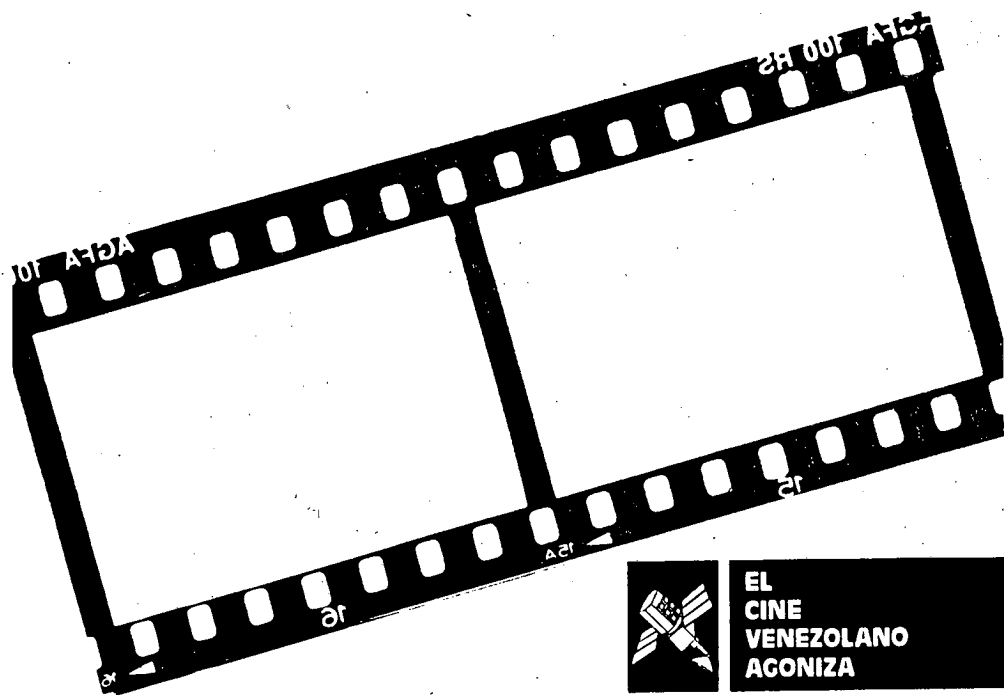
las ponencias de la mañana. Es decir, el debate propiamente dicho estuvo más bien ausente.

El "Encuentro Nacional de la Sociedad Civil" fue, en realidad, el encuentro de quienes en los últimos años vienen hablando de la "sociedad civil" y, en todo caso, de quienes hablan a nombre de ella. El encuentro de "los mismos de siempre" (o de sus hijos) no es en sí mismo negativo. Ojalá se multiplicaran espacios y ocasiones para conversar y debatir. Pero es importante llamar a cada cosa por su nombre. De otra manera se está propiciando objetivamente que queden al margen del poder de decisión quienes, en la historia de Venezuela, siempre estuvieron al margen: las mayorías empobrecidas y silenciadas. En este Encuentro esas mayorías o no fueron convocadas o no se sintieron convocadas o, lo que en el fondo es lo mismo, no tuvieron la posibilidad de responder orgánicamente a la convocatoria. De paso, convendría no olvidar esa lección a la hora de proponer la eventual convocatoria a una Asamblea Constituyente.

En otro orden de ideas, llama la atención también que en el diseño del Encuentro ocuparan lugar secundario los temas que tenían que ver con la formación humana para la Venezuela del futuro (educación, valores morales, ciencia, comunicación...). Dentro del marco de la comunicación y de la educación informal, por cierto, cabe destacar por su interés, con todas las reservas arriba apuntadas, la ponencia de Antonio Pasquali y los comentarios de Marcel Granier y Marcelino Bisbal.

José Ignacio Rey

COMUNICACION



Si no se aprueba la Ley de Cine en la Cámara de Diputados, la industria cinematográfica correrá el grave peligro de desaparecer ante la agresiva escalada inflacionaria.

Según Carlos Azpúrua: "El proyecto de Ley especial de Cinematografía Nacional, cuya aprobación es esencial para la puesta en práctica del Plan nacional de Cinematografía, y en consecuencia para darle al cine nacional las condiciones dignas que se merece, inició ya la fase final del trayecto hacia su sanción definitiva por parte del Congreso, ya que es inminente la entrega del informe a la Comisión de Cultura de la Cámara de Diputados, a partir del cual pasará, finalmente a su segunda discusión". (*Diario de Caracas*, 30-04-93).

Sin embargo, creemos que la Comisión de Cultura no actuó con la suficiente celeridad del caso para plantear la discusión de la Ley de Cine en el Congreso, debido a que, desde su primera discusión en diciembre de 1991 hasta la segunda que se realizará hipotéticamente en mayo de 1993, han transcurrido un año y cinco meses.

Esto viene a colación ya que el clima de inestabilidad política que actualmente signa al país, podría alterar la agenda de discusión de la Ley. Inestabilidad que sutilmente podría ser un pretexto para cancelar una vez más su aprobación.

Si Ramos Sucre decía que "el tiempo es una invención de los relojeros", para el caso del cine el tiempo sí cuenta y más cuando no existen regulaciones ante los caprichos de la pirámide inflacionaria.

Gustavo Hernández Díaz